

EL MOTÍN

Año XXXVI.

Madrid, Jueves 2 Noviembre 1916.

Número 44.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Los gorriones de las vegas

Se acostumbran á las voces de tal modo, que ya pueden los guardas desgañitarse y tocar el cencerro; hasta que no se hartan de trigo no abandonan el sembrado.

Igual los individuos que escalan elevados puestos en el republicanismo: ya pueden rogarles, censurarlos ó amenazarlos; no abandonarán su actitud tranquila en punto á combatir la Monarquía: lo mismo dejan pasar sin protesta manifestas enormidades, que se prestan sumisos en el Congreso á aplazar interpelaciones de asuntos importantes hasta que al Gobierno le convenga discutir las.

De vez en cuando dan una nota estridente para que el republicanismo no vaya á creer que les ha acometido esa moderna enfermedad del sueño que hace estragos terribles en no sé qué región de la India (ó donde sea), y vuelven á su inmovilidad de fakires de americana y hongo. (En cuanto al cumplimiento de su deber político hablo tan sólo, que en otros asuntos resultan las ardillas bichitos remolones comparados con ellos.) Excuso advertir que, al hablar de su inmovilidad, me olvido adrede de que hay períodos electorales, y que en ellos bullen, se mueven y se agitan bravamente. A cada uno lo suyo.

Y dicho esto de los señores primates que vienen hace tiempo tomándonos por *primos*, á se me ocurre esta pregunta:

¿Quién es más culpable en esta situación triste, vergonzosa, y á ratos

deshonrosa en que vive hace años el partido, si puede llamarse vida á esta confusión caótica en que estamos, y que va arrancando de los pechos la poca fe que guardan ya, y evaporando toda esperanza en los cerebros que soñaron ver á su patria libre, próspera y fortalecida bajo la República?

Sí; ¿quién es, ó quiénes son más culpables? ¿Los de arriba, los de en medio, ó los de abajo?

Pensaré acerca de esto, é iré *poco á poco* manifestando lo que piense. Desde que se lanzó la frase: hacer *un poco* de revolución cada día, vamos más á menos en todo.

En todo lo que debiéramos hacer, entiéndase bien; que en lo otro, en lo que no debiéramos ni pensar, en esto, ¡oh! en esto vamos á *más* cada día.

La minoría republicana

Se reunió uno de los pasados días en un salón del Congreso para cambiar impresiones y tomar acuerdos, y facilitó á la Prensa esta

NOTA OFICIOSA

En una de las Secciones del Congreso se reunió ayer la minoría republicano-socialista.

Asistieron los diputados Sres. Domingo, Albert, Nogués, Llorente, Gómez Chaix, Ayuso, Fernández del Pozo, Morayta y Castrovido.

Los reunidos cambiaron impresiones sobre la marcha de los debates parlamentarios, y decidieron facilitar los acuerdos adoptados en la siguiente nota oficiosa:

«Primero. Felicitarse del resultado de la elección de Girona, en la que alcanzó el triunfo el Sr. Fernández del Pozo; dedicar un recuerdo al desgraciado Miguel Morales, muerto en los sucesos allí desarrollados, y contribuir al alivio de la situación de su familia.

Segundo. Reelegir al Sr. Nogués, para que éste represente á la minoría.

Tercero. Que el Sr. Nogués distribuya entre sus compañeros la labor parlamentaria, y

Cuarto. Aprobar la actitud del señor Domingo respecto al planteamiento de un debate sobre la neutralidad. La interpelación se hará en el momento que la minoría estime más oportuno, dentro de la legislación actual.»

Snpongo que después de enterados de la gran transcendencia política de esos acuerdos, cesarán en absoluto las quejas de los unos y los recelos de

los otros acerca de la conducta de la minoría parlamentaria.

Su apatía ó su indiferencia en punto á los grandes problemas que hoy están planteados en España y en Europa, eran sólo aparentes; mejor dicho, no existían. Estaba entregada en cuerpo y alma á los profundos y difíciles estudios indispensables para tomar tan importantes y decisivos acuerdos; y no podía distraer su atención en los de menor cuantía.

Me felicito de que la minoría republicana haya desmentido de tan gallarda manera á los que se complacían en propalar rumores acerca de su actitud, que calificaban de semi-pasiva.

Y también me congratulo de que hayan aplazado para más adelante el tocar la cuestión de la neutralidad. Pudiera esto perturbar al Gobierno, y tal vez á la Monarquía, y hacen bien, por lo tanto, en rehuir esa responsabilidad. La misión de los republicanos, según las teorías novísimas, se reduce á hacer un poco de revolución cada día, pero de manera tan disimulada y oculta, que ni se enteren los monárquicos, ni nosotros mismos lo advertamos.

Y eso es muy de alabar. En asuntos revolucionarios, nunca son excesivas la prudencia y la discreción.

LA BENEVOLENCIA

Predíquela quien quiera, la benevolencia en política lleva en sí un principio de inmoralidad bastante á desvirtuar los resultados relativamente beneficiosos que en algunas ocasiones, pocas, puede producir; y cuando la benevolencia se cambia entre partidos cuyos ideales son contrarios en absoluto, entonces la inmoralidad sube de punto.

Indudablemente es simpática la palabra para el político de pacotilla que con todos medra y á todos sirve, ó para el ambicioso que no repara en medios, ó para el egoísta que nada le importa la suerte de los demás; pero no deben profanar con ella sus labios los que tienen fe, espíritu de justicia y deseo de realizarla.

¡A lo que hemos llegado!

¡Quién me hubiese dicho, allá por los años del 83 al 86 del siglo pasado que había de llegar un tiempo en que echase de menos aquellos insultos,

aquellas injurias, aquellas calumnias que nos lanzaban los monárquicos!

«Perturbadores, antipatriotas, miserables, canallas, bandidos... Todo eso nos llamaban, excitando, como era natural, nuestra indignación.

¡Quién, repito, me hubiera dicho entonces que llegaría un momento en que resonarían en mi oído aquellos dictarios como notas de arpa eólica escuchadas al lado de la mujer amada en noche de luna, sentados ambos en el verde césped, con la bóveda azul por techo, protegidos por la sombra de un manzano frondoso entre cuyas ramas jugueteaba la brisa!

Nadie; y sin embargo, ese momento ha llegado al leer estos renglones en un periódico monárquico:

«Los diputados republicanos no están contentos de su partido; el partido, como es natural, tampoco está satisfecho de sus representantes.

¡Habrá llegado la hora de la desaparición del republicanismo español?...

¡No, por Dios!... ¡Que no desaparezcan las pocas cosas divertidas que van quedando en España...

Además, ¡se vive tan bien de republicano á la sombra de una Monarquía!»

¡Servir de chacota los que hacían temblar el trono!... ¡Burlarse de nosotros los que combatimos por inmorales!

Esto no solamente indigna; avergüenza, anonada, confunde... Mas hay algo peor. No poder lanzar á los que tal dicen, envuelto en un salivaje que lleve al ánimo de todos la idea de un mentis de que no tienen motivo ninguno para hablar así, que son unos miserables calumniadores.

COMPARACIÓN

Leyenda que me entusiasma.

Napoleón, á las 12 de la noche de no recuerdo qué aniversario de una batalla, pasa revista á sus soldados, que surgen de sus tumbas en forma de esqueletos, con los mismos uniformes, armas y banderas que aquel día. Y después de desfilar ante su emperador, se hunden nuevamente en sus fosas.

Y recuerdo esta leyenda cada vez que se anuncian unas elecciones y veo resurgir en algunos distritos (pocos ya en número) á los republicanos que acuden todavía á votar como en aquellos tiempos en que el partido era un peligro para la Monarquía y una esperanza para los que soñaban con la regeneración de España.

Desfilan ante la urna, desaparecen, y no vuelven á dar señales de vida ciudadana hasta que se celebran otras elecciones, de igual modo que los soldados de Napoleón desaparecían hasta el próximo aniversario de la batalla.

La única diferencia que hallo, es que la leyenda es poética, mientras la realidad de las elecciones peca de prosaica.

UNA ESPERANZA

Refiriéndose á los teatros, ha dicho no sé quien:

«El público es un monstruo de cien cabezas... sin cabeza.»

Y no obstante, él es quien decide del éxito, porque tiene corazón.

¿Llegará día en que el Pueblo republicano, al que sobra corazón, se convenza de que él, y sólo él, es el árbitro del éxito?

Quiero todavía creer que sí.

EXPLICACION

Sr. Don M. M.

Desconocido y admirado colaborador: Si supiese quién es usted y dónde vive, iría á decirle personalmente por qué no publico su artículo *Una pena interesante*, que he recibido, como todos los suyos, por el correo interior, y que acabo de leer.

Con todo cuanto dice usted en él estoy conforme, y sin embargo, no lo publico. Tal vez lo haga algún día. Hoy no. Tengo necesidad de tocar muy en breve con mi firma alguno de los puntos que usted toca, y pudiera parecer que su artículo era una especie de máquina piloto.

Doy á usted las gracias por la intención que ha llevado al enviarme ese trabajo, y ruégole que no se enoje y vaya á privar á EL MOTIN de su valiosísima colaboración. Ya habrá visto que no quito ni pongo una coma en los trabajos que me envía; tan conforme estoy con cuanto dice y con la manera de decirlo.

Suyo affmo. y agradecido servido y amigo,

DE LA SEMANA

Notas sobre la guerra. Puede decirse, sin caer en imparcialidad alguna, que sigue estacionaria. En ningún frente ha habido decisiones tácticas ni estratégicas de importancia bastante para acelerar el término de ella, el cual se entrevee todavía lejano: quizás para el otoño de 1917.

No obstante esta aparente incertidumbre, la confianza en el triunfo de los aliados se robustece más y más cada día. En el instante actual, la pugna de los contendientes se asemeja á aquel minuto crítico de los luchadores, en que uno de ellos llega á oponer el límite de sus fuerzas, mientras que el otro, después de contrarrestar las de su contrario, va poniendo en tensión creciente todas las suyas. Momentáneamente aparecen en equilibrio, y al expectador no versado ó inatento, puede parecerle que la lucha es poco intensa; pero es un equilibrio dinámico en el cual los combatientes hacen gran consumo de energías, y por esta razón, aunque uno y otro sean muy resistentes, no

tarda en llegar un instante en que las fuerzas del menos resistente se relajan y cae de pronto en tierra. Esta es, en sentir de los menos apasionados, la situación.

Dentro de ese carácter de apariencia estacionaria que presenta la guerra en estos momentos, se debe, sin embargo, señalar la importancia de algunos hechos. El más importante es la ofensiva francesa en Verdun, donde en un solo día han arrebatado á los alemanes casi todas las posiciones que éstos habían conquistado en seis meses de violentísimas y cruentas luchas. Una masa de ataque solamente de tres divisiones, bien que con la conveniente preparación y ayuda de artillería, han bastado para obtener este triunfo, que tiene sobre todo una gran significación moral. Esta reconquista en una sola acción de ese campo de batalla donde se ha desarrollado la mas larga, porfiada y sangrienta de todas las luchas de esta guerra, es indicio cierto de esa relajación de fuerzas de Alemania, á que he aludido antes; y es también un ejemplo flagrante de la rapidez con que en un momento dado puede precipitarse el final de esta imponente tragedia.

El éxito de la ofensiva de los ejércitos germano-turco-búlgaros contra los rumanos, es, principalmente, el pago por éstos de la dura experiencia de la guerra. La práctica de los métodos de combate, cuya transformación respecto al hombre, al armamento y al terreno, ha traído esta guerra consigo, no es cosa que pueda adquirirse *de visu*, ni menos teóricamente, al menos en aquel grado, tino y eficaz precisión que es indispensable para batir á un enemigo numeroso y sumamente adiestrado. Estos contratiempos que ha sufrido el ejército rumano, son el precio de la adaptación; pero no suponen nada decisivo. En aquel frente, como ha sucedido en todos los demás, se restablecerá pronto al equilibrio y comenzará allí también para los Imperios Centrales la pugna angustiosa y debilitante de un día tras otro que al fin les, hará caer extenuados y vencidos.

M. M.

LO DEL PAPEL

Gómez Hidalgo, director de *La Semana*, invita á la Prensa semanal «á realizar una acción colectiva que haga frente á combinaciones tan ilícitas y tan dentro de procedimientos que son habituales á los modos de gobernar del señor Conde de Romanones.» (Se refiere á la exclusión de los periódicos semanales del auxilio que se presta á los periódicos diarios por la subida del papel.)

A cuya invitación contesto:

«Amigo Gómez Hidalgo:

Para protestar de la falta de equidad

que esa decisión representa, EL MOTIN hace suyos de antemano los acuerdos que la Prensa semanal tome, y llegará hasta donde llegue el que más.

Pero agradecerá á sus compañeros que lo eliminen de todo acuerdo, si alguno se tomase, en que directa ni indirectamente parezca que se transigiría con la injusticia, si el beneficio se extendiera á todos los periódicos.

He dicho ya que renunciaría al provecho si me alcanzase, y mantengo lo dicho.

Suyo afectísimo amigo y compañero,

Y Á PROPÓSITO

Aprovecho la ocasión que Gómez Hidalgo me ha presentado, para decirle á un individuo que censura lo que dije en el número anterior acerca de esto del papel:

«No, hombre, no. Ni afán de distinguirme, ni deseo de dar lecciones, ni prueba de que me sobra el dinero (ojalá fuera esto), me han inducido á renunciar á las ventajas que pudiera proporcionarme el auxilio que el Gobierno ha prestado á la Prensa diaria, si lo extendiese á la semanal.

Es que creo que la Prensa no debió solicitar ese auxilio, ni aceptarlo si se lo hubieran ofrecido, entre otras razones, por no menoscabar su libertad hermosa de combatir la injusticia y el privilegio en cualquier forma que se presente.

¿Que se considera al periódico artículo de primera necesidad? Paso por la frase, pero sólo para decir: «Entonces debemos convenir en que es una primera necesidad para muy pocos españoles. Basta fijarse en la escasa tirada que, comparada con la de sus similares de otras naciones, alcanza cada periódico en la nuestra.

Y no digo más, porque no quiero molestar á nadie, sino dejar definida y fijada mi actitud irrevocable en este asunto.

Papeles mojados

La guerra sólo puede y debe acabar con el completo aniquilamiento de Alemania. Dado su desprecio á los Tratados, cualquiera se conforma con que firme el de paz, para salir cuando le convenga diciendo que es un papel mojado. Seguramente que desde hoy, cuando se quiera acusar á un hombre de falso y desleal, bastará decirle que parece alemán.

Allá va una de las muchas pruebas que pueden aducirse:

La *Gaceta de Lausanne*, indignada ante las acusaciones lanzadas por el canciller y por la Prensa alemana contra el Gobierno de Bratiano, recuerda todas las demostraciones amistosas hechas, tanto por el emperador Guillermo como por su Gobierno á Bélgica, y dice:

«En Octubre de 1910, el emperador, levantando su copa en la comida

de gala dada en su honor en el Palacio Real de Laeken, decía: «Que las relaciones llenas de confianza que existen entre nuestros Gobiernos, de las cuales han dado un verdadero testimonio las negociaciones recientes, aumentan de día en día.»

Al año siguiente, el 1911, á causa de ciertas polémicas de Prensa y para disipar las inquietudes provocadas por la terminación de trabajos formidables cerca de los confines del territorio belga, M. Bethmann-Hollweg en persona contestó á las preguntas del Gobierno belga, que «Alemania no violaría jamás la neutralidad de Bélgica».

En 1913, en una sesión de la Comisión de Negocios Extranjeros del Reichstag, monsieur De Jagow, secretario de Estado, declaró á su vez que «la neutralidad y la integridad de Bélgica, que habían sido ya determinadas por Convenciones internacionales, serían respetadas por Alemania, que estaba decidida á respetar dichas convenciones.»

El ministro de la Guerra de Prusia, general von Heeringen, declaraba por su parte durante la misma sesión: «Alemania no perdería de vista que la neutralidad belga estaba garantizada por los Tratados internacionales firmados por Prusia.»

El 1.º de Agosto de 1914 (ó sea el 1.º de Agosto del año fatal), el ministro de Alemania en Bruselas, M. De Below Paleske, afirmaba al ministro de Negocios Extranjeros de Bélgica «su perfecta confianza en la seguridad con que Bélgica tenía derecho á considerar á sus vecinos del Este.» Y al día siguiente, el 2 de Agosto, por la mañana, el mismo diplomático alemán autorizaba á un periódico de Bruselas, *Le Soir*, para decir que él era garante de las disposiciones amistosas de Alemania hacia Bélgica, y llegó á pronunciar esta frase pintoresca: «Puede ser que se quemé el tejado de vuestros vecinos, pero vuestra casa quedará salva.»

Algunas horas más tarde este mismo diplomático entregaba al Gobierno belga el *ultimátum* de Alemania.

Cartago ha sido rehabilitada en la Historia: su perfidia, tan cacareada desde hace siglos, parece caballerosidad comparada con la alemana.

Por esto, lo repito, la paz no debe firmarse sino sobre la ruina completa de ese imperio.

De varias cosas

Derribar para construir; tal ha sido la labor de toda mi vida.

Y próximo ya al término, vuelvo la vista atrás, y no veo otras ruinas que las de mis esperanzas.

No enumeraré aquí lo que he hecho. Sólo diré:

Infinitamente menos de lo que de-

seaba: muchísimo más de lo que he podido.

Un avaro guarda una gran cantidad de dinero que en nada contribuye al bienestar social.

Se la roba un individuo que, ó monta una industria donde da de comer á varias familias ó la derrocha en lujo y placeres, volviendo así á la circulación aquel capital improductivo.

Legalmente, ya sé que á presidio iría si lo cogieran.

Socialmente, opino que debería otorgársele una recompensa por el bien que había hecho á la colectividad.

Y moralmente, estoy dudando si convendría inscribir su nombre entre los bienhechores de la humanidad, ó entre los adoradores más fervientes de la justicia.

Un caballero sospechó que su mujer se excedía un poquito en sus atenciones con otro caballero que no tenía sobre ella derechos legales.

Provisto de testigos sorprendióla y tuvo el gusto de convencerse de que no se había engañado.

Cuestiones son estas que cada desgraciado arregla á su modo cuando le llega el turno; pero francamente, opino que es una triste satisfacción la que se proporciona el que las resuelve con escándalo.

Ni revolver ni juez; separación á la sordina y que allá se las hayan los tórtolos.

Esto sin contar con que en muchas ocasiones el único que sale ganando es el que aparece como pordiosero: el estafado.

Cine clerical

¡Hasta los chicos!

—¡Toma! ¡Toma! Cochina, sinvergüenza, descaradota... ¡Toma! Te he de matar, te he de arrancar el pellejo!...

—¡Ji! ¡Ji!... ¡Ay, ay!...

—Pero, ¿qué pasa? Déjale usted, señora Aniceta... ¡Pobrecilla!

—Sin pellejo la voy á dejar. Bien sales á tu padre, condenada...

—¡Por Dios, que es una criatura!... No la pegue usted en la cabeza.

—Como lo vuelvas á hacer otra vez, vas al Este... ¡Lo juro por estas!

—Vamos, cálmese usted, que está usted criando, y le va usted á dar veneno á ese ángel de Dios... ¿Ha roto alguna cosa?...

—Si hasta me da vergüenza el decirlo... Pues, nada, estábamos aquí tan tranquilos la señá Eufasia y yo tomando el sol, y de repente pasa D. Roque, el vicario de las Agustinas, y tres chiquillas y esta mala bes-

tia iban detrás sacándole la lengua y tirándole de los manteos y cantando:

Don Roque, don Roque,
cara de palitroque
si llevo ligas nuevas
no quiero que me toque.

—¡Cosas de chiquillos!

—El pobre hombre iba echando fuego por la cara, y al pasar delante de nosotras me ha dirigido una mirada como un basilisco, y ha dicho: «Así pagan los herejes á los que les dan el pan», y como mi marido es el carpintero del convento, pues ya comprenderá usted la indirecta.

—Sí que ha sido un mal paso... Pero eso de las ligas me choca un poco. A veces los chicos dicen cosas que... Ven aquí, Teresita... No tengas miedo, que no te pegará tu madre... ¿Por qué cantábais eso á D. Roque?

—Yo no era... Es una cop'a que le ha sacado la Antoñita, la de la frutera.

—¿Pero por qué?

—Porque... porque... Me da vergüenza, eso... No quiero decirlo...

—Dímelo á mí sola, sin que lo oiga tu madre.

—Pues, porque, porque... cuando vamos los domingos á la doctrina, nos dice que le enseñemos las ligas á ver si son nuevas.

—¡Ve usted, señá Aniceta! ¿Y se las enseñáis?

—Unas veces sí, otras no... Como nos da estampas...

¡Válgame la Virgen, si lo supiera su padre! Mira, Juanita, no vuelvas más á la doctrina, pero no cantes eso. ¡Hasta las criaturas!

—Le digo á usted que...

FRAY GERUNDIO

¡CÓMO ESTAMOS!

Dos agentes de la brigada móvil de la Policía que prestaban servicio en el Banco de España encontraron hace días un paquete en el suelo, lo descubrieron y se hallaron con que contenía 1.500 pesetas en billetes. Inmediatamente hicieron entrega del contenido en la caja del Banco.

A los pocos minutos, una señora penetró en el Banco, llorosa y compungida. Preguntáronle la causa y respondió que se la habían extraviado 1.500 pesetas.

Comprendiendo que era la dueña del paquete por ellos encontrado, la llevaron al Negociado de Caja, donde la devolvieron sus billetes.

La acción es digna de ser alabada, y yo quiero contribuir á que el público conozca los nombres de quienes la realizaron: se llaman don Jaime Luis Acebedo y don José González Ríos.

Pero, francamente; creo que la Prensa se ha excedido un poquito al encarecer el mérito de ese acto. Por poco no piden algunos periódicos

que canonicen á esos dos policías.

¡Pero cómo estamos ya! Hasta nos maravillamos de que un policía cumpla con su deber. Acostumbrados á que hasta en las Asociaciones benéficas aparezcan á cada momento gazaños del tamaño de elefantes, no comprendemos que haya quien tenga ocasión de robar y no lo haga.

POR SI ACASO

Pensando ayer que, por mucho que tarde, no puede estar ya para mí lejana la hora de tomar el pendingue (sin la media manta) y emprender el camino de donde no se vuelve, ocurrióme que, siquiera por el bien parecer, debía antes abrazar una religión cualquiera (no siendo la profesada por todos los pillos é imbéciles que conozco), y la primera que á mi memoria vino fué la mahometana.

¿Por qué? Probablemente por haber oído que en su Paraíso sirven hurries á todo pasto al creyente que á él arriba: pero no estando seguro de que sea cierto lo de que remozan al que entra en el deplorable estado que yo llegaría, me dije: «en la duda absente. Ya no estás para hacer un papel medio airoso entre, con ó sobre hurries; ni aquí ni allí.» Y desistí de abrazar esa religión.

Y pensé en la protestante. Es poco complicada, y hasta económica. Con leer la Biblia, libro inspirado por Dios, y que por lo tanto debe ser claro, preciso y al alcance de todas las inteligencias, se pone un hombre en condiciones de salvarse.

Compraré una Biblia, la leeré y de lo que vaya sacando de provechoso daré cuenta á mis lectores.

Estoy avergonzado, como ya he dicho, de haber llegado á esta edad (que algunos llaman respetable y deplorable yo) sin tener un cacho de religión cualquiera que me sirva como de pasaporte ó cédula de vecindad en cualquier cielo, infierno, ó purgatorio á que vaya, ya que toda religión tiene los suyos.

Hay que ser previsores, y no salir de este mundo con las manos vacías, mejor dicho, con el corazón desprovisto de una fe cualquiera.

Por lo que pueda tronar.

Siempre fué igual

Por todas partes se oyen quejas contra la mala administración de justicia en estos tiempos.

No diré yo que carezcan de razón quienes se quejan; pero sí que se engañan al suponer que sólo en los tiempos actuales ha ocurrido eso de que la justicia se haya administrado torpemente, unas veces por error, otras por interés.

Fué nada menos que un canoniza-

do, San Estanislao, el que dijo de ella hace siglos:

«Aunque la justicia no se venda, cuesta mucho alcanzarla.»

De no tratarse de un santo, me atrevería á sospechar que la frasecita (que se las trae), fué lanzada en sentido irónico. Los santos tuvieron á lo mejor buenas ocurrencias cuando se ocupaban de asuntos ajenos á la salvación.

En cambio estos versos, escritos el siglo pasado por no sé quién, no tienen ni pizca de ironía, por lo cual hay que tomarlos en sentido recto:

Cogieron á un pobre hombre unos ladrones, y en despojándole diéronse tal prisa que al punto le dejaron sin calzones, perdonándole sólo la camisa.
—¡La justicia!— gritaron los bribones; y el pobre, con tristísima sonrisa,
—¿Justicia?— dijo— ¡Pues me deja en cueros!
—¡Con us edes, me marchó, caballeros!

Este ciudadano, como se ve, coincidía en parte con San Estanislao.

No creo que necesito aducir más pruebas para dejar demostrado que esto de quejarse de la mala administración de justicia no es cosa nueva.

LAS LISTAS NEGRAS

Protestan los clericales de que Inglaterra publique listas, que llaman negras, de las casas de comercio de España con las cuales no quiere en tenderse, porque ayudan á los alemanes en una ú otra forma.

Obran admirablemente, y están en su perfectísimo derecho.

Hago míos estos párrafos que, hablando de esto, ha escrito *El País*: «Se trata pura y simplemente de una forma del «boicotage», arma de los proletarios.

El «boicot» del comercio, de las Cámaras Mercantiles de una nación contra otras naciones ó contra determinados comerciantes extranjeros es lícito, y mientras no pase de esto nadie tiene derecho á quejarse. Y menos que nadie los católicos españoles.

De ellos dijérase que ha aprendido el «boicot» el proletario internacional. La excomunión que apartaba del trato con la gente era una manera de «boicot». Lo es el recomendado por clerigos y por clericales contra periódicos, comercios, médicos, etc., etc., que no sean de la Comisión, de la parroquia y de la vela nocturna.

Los obispos, las asociaciones religiosas y la prensa católica «boicotean» á los diputados que votaron la exclusión de las capillas protestantes del pago del inquilinato.

Que están en su derecho es innegable; también lo está la Cámara de Comercio londinense para pedir á los ingleses que no traten con los germanófilos españoles.

Es lo mismo que hizo sin razón, atolondradamente la Cámara de Comercio de Almería en 1909 contra el comercio catalán suponiéndolo motor separatista en la huelga de Julio.

¿Cuándo la lista negra será un agravio como echar á pique un barco español? Cuando el Estado inglés cogiera los géneros procedentes de germanófilos españoles y los arrojara al Támesis negando indemnización y explicaciones.

EL TERROR TRIUNFANTE



La huída de Amberes

Ayuntamiento de Madrid

(Raemaekers.)

Entonces y sólo entonces debe reclamar el Gobierno español.»

De acuerdo, de acuerdo...

Si obraran de otro modo los ingleses, se expondrían á que se creyesen que eran más comerciantes que patriotas, y precisamente cuando están demostrando lo contrario.

EL PAGO DEL PISO

Había en la provincia de Cáceres cuando yo en ella estaba hace sesenta años, la costumbre de hacerle *pagar el piso* á todo mozo forastero que se declaraba á una chica del pueblo. Lo que entregaba solía gastarse en vino, y desde aquel día el forastero podía rondar y cortejar libremente al objeto de sus ansias.

Pensaba yo que la tal costumbre había desaparecido por los disgustos y las riñas que á veces provocaba, cuando me eucuentro en la Prensa del día 24 del pasado este telegrama:

«CÁCERES 24 (9 m.) Informes oficiales dan cuenta de un suceso acaecido en Trevejo, pintoresco pueblo de la provincia.

El cura párroco de la localidad tomó nueva ama de gobierno, y con este motivo los mozos exigiéronle los llamados derechos de piso, á lo que accedió, haciéndoles entrega de 10 pesetas.

Los mozos se dieron un atracón de vino, y, á consecuencia de los excesos, hubo una disputa, que degeneró en reyerta, saliendo á relucir las navajas y las estacas.

De la refriega resultaron heridos Bernardo González Iglesias, con una puñalada en el muslo derecho, y Bonifacio Teniente González, con una fuerte contusión en la cabeza.»

Veo que aún continúa vigente la costumbre de hacer *pagar el pis*, yo que siguen emborrachándose, machacándose y apuñalándose los mozos de ahora con igual fervor que los de mi tiempo, lo cual no deja muy bien parada la teoría del progreso.

Pero he dicho mal: en esta costumbre se ha introducido un progreso; el de darle la categoría de novia á la hembra que sienta plaza de ama de cura, y de novio á él. Y que se tiene ya por indiscutible que lo son, pruébalo el que el párroco de Trevejo no se resistiera al *pago del piso*, á pesar de que al hacerlo se haya expuesto á que la maledicencia se cebe en sus intenciones, que seguramente no fueran las de darle á ella la categoría de ama de su corazón y de su albedrío, si no, á lo sumo, de ama de llaves ó criada distinguida.

Esto no obstante, se me ocurre una observación.

No son los sacerdotes de la religión que profesa la mayoría de los españoles tan largos en el dar como el pedir, y antes pecan de tacaños y agarrados que de espléndidos y manirroto. Por esto no ha dejado de extrañarme la facilidad con que el párroco de Trevejo dió diez pesetas á los presuntos borrachines; cual si

necesitara él satisfacer esa especie de tributo que se exige sólo á los que procuran buscar una especie de cómplice que les ayude á contribuir á la reproducción de la especie.

La profecía del médico

— ¡Por fin vino usted, doctor!

— Queridísimo cliente, ¿cómo sigue ese valor?

— Regular, medianamente, ¡me encuentro mucho peor!

— ¿Tiene usted fiebre?— No, tal.

— ¿A ver la lengua? ¡Está sana!

Saque usted una mano.—¿Cuál?

— La que á usted le dé la gana.

(pausa.) El pulso no está mal.

— ¿Tose mucho desde ayer?

No, señor.—Con mi sistema no es fácil...—No, ¡qué ha de ser, y más teniendo una flema que no me deja toser!

—Es preciso que se acabe la flema.—Muy bien pensado.

—¿Ha tomado usted el jarabe?

—Sí, señor, que lo he tomado.

—¿Sabrá muy bien?—¡Que si sabe!

Esas cosas de botica

son refractarias al gusto;

la que no amarga, es que pica.

A mí me cargan...—¡Es justo!

—No las puedo ver.—Se explica.

—¿Duerme usted bien?—No, señor;

no duermo ni bien ni mal

desde la noche anterior.

—Eso es la cama...—No tal,

¡es la enfermedad, doctor!

—Pues, nada, esto va adelante,

yo no cambio mi sistema;

este mal es muy cargante

y hay que tomarlo con flema.

—¡Sí, flema tengo bastante!

—Es necesario seguir

curándose de igual modo.

—¡Si no hago más que sufrir!

—No le importe, y sobre todo,

sudar, toser y dormir.

Como siga este consejo

y sude mucho esta noche,

conservando ese despejo,

¡sale usted el domingo en coche!

—¡Ay, doctor, soy ya tan viejo!

—No importa; ¡qué tontería!

¡Bah, Don Crisanto, valor.

Conque... adiós.—Hasta otro día,

y usted dispense, doctor.

—¡Que siga la mejoría!

* *

Aunque no acostumbran tanto, acertó bien el galeno,

y el domingo Don Crisanto

salió en un coche... muy bueno,

¡camino del camposanto!

JUAN MARTÍNEZ NACARINO

EL SANTO ESTIERCOL

Más vale cagarruta de oveja, que bendición de obispo.

(Refrán popular.)

El pueblo español no ha llegado, que yo sepa, á canonizar el estiércol, y, sin embargo, la santidad de éste es para mí

más indiscutible que la de *San Barga-mé* ó la del *Santo Pajares*, cuya apolo-gía hace el refrán diciendo de él *que se quemó el santo y quedó la paja*.

¿Por qué esta injusticia popular? ¿Por qué esta inconsecuencia en quien nos cita en esas producciones nada menos que al *Santo Cristo del Garrote* y á *La Santa Leña del Verbo Divino*? Pues probablemente por una razón muy sencilla: porque el pueblo, que llama burgueses á los pobres escritores, pongo por caso, que tenemos la debilidad de gastar un par de tercias inútiles de tela colgando de lo que sin este costoso y ridículo estrambote sería modestísima chaqueta, es tan burgués y aún más burgués que nosotros mismos en cuanto se le presenta una ocasión, y participa aún más que nosotros de lo que él llama *de motu proprio*, ó porque así se lo han sugerido, preocupaciones burguesas.

El estiércol, dicen los eruditos, los filósofos á lo Pidal, y en una palabra, los hombres que tienen la modestia de llamarse así mismos serios y respetables; el estiércol, ¡oh, qué cosa más vil y más baja, más miserable, más digna de desprecio! Y el pueblo, que por sus refranes parece un *hombre* y por sus supersticiones parece un *niño*, se impresiona con estos y otros más duros calificativos, escucha embebecido la singular elocuencia de algunos sabios: vamos al decir, y se enamora de la belleza de palabras tales como alma, espíritu, religiosidad, unidad nacional, integridad de la patria y demás *faroles* con que le embelesan los oradores, los poetas de salón y cuantos se dedican al purísimo arte de excitar los sentimientos y la imaginación de las muchedumbres, pintándoles lo blanco negro y lo negro blanco, y dándole por liebre cada Marramaquiz que tiembla el misterio.

Los amantes de la literatura popular, con levita ó sin ella, tenemos ocasión de observar á cada paso este fenómeno verdaderamente singular; los hombres del pueblo miran con indiferencia, cuando no con desprecio, sus refranes, sus adivinanzas, sus coplas; en una palabra, tienen en tan poco *sus propias producciones*, que si uno se toma el trabajo de preguntárselas, ó se avergüenzan de decirlas, ó las ocultan maliciosamente creyendo que sólo pueden servir de motivo de befa, mientras que escuchan con tamaña boca abierta un discurso á lo Castelar ó una oda á lo Núñez Arce, sin tener en cuenta que los conceptos de aquel discurso ó los sentimientos de aquella oda los están expresando ellos todos los días, y muchas veces con más vigor y más castizamente, por calles y plazuelas, sin percatarse de ello. Es decir, que se mofan de los santos, y á cualquier iluminado sirven de peana, y luego, como es natural, para desquitarse confunden bajo el nombre de burgueses, sin entrar en más disquisiciones ni reparos, á los que tienen la sinceridad de decirle: «Hombre, no seas así, y párate á distinguir, y reflexiona que, aunque gasten levita, no es lo mismo para la defensa de tu causa un Sagasta que un Mendizábal.»

Quiero decir con lo que voy diciendo, y claro se dice con lo dicho que no he logrado decirlo con la claridad que deseaba, que una de dos: ó acabamos de una vez para siempre con los santos populares, ó me canonizáis al estiércol. El tiene más título que nadie á vuestra canonización. Por él, los campos dan ciento por

uno, y vuestro sudor fructifica en la tierra; por él se abarata y mejora el pan con que alimentáis á vuestra familia; por él, que aumentando vuestras cosechas os permite una mejor alimentación, mejora vuestra salud, y con ella, ¡voto va el chápiro! (y esto no es poesía), brota en las mejillas de vuestros hijos cada rosa que es una bendición de Dios el verlas; por él, la Química y las artes industriales, de cuyo claro conocimiento os apartan con tanto empeño y habilidad los preconizadores de las excelsencias y dignidad de vuestro espíritu; por él las industrias se multiplican y el trabajo aumenta, y vuestras condiciones sociales mejoran, no por arte de Berliquite Berloquite, ni momentánea y maravillosamente, y como la impaciencia de todos deseara, sino por modo lento y gradual, pero seguro é infalible.

Canonizad, por tanto, el estiércol, y canonizadle como vosotros debéis hacerlo, á Dios rogando y con el mazo dando; esto es, aprendiendo de la Ciencia, verdadero y único abono de la razón natural, de que debéis ser representantes, los métodos de mejorar y usar aquél; pensad que el santo por cuya canonización abogo, tiene, como el santo de más campanillas, formas infinitas y trajes variadísimos: el estiércol, *per accidens* y en sentido estricto, puede ser el producto de la elaboración de ese tubo de dos bocas que tan malhumorado y fuera de sus casillas ha puesto á Pidal; pero el estiércol *per se* no es simplemente para la Ciencia, ni para vosotros mismos, que llamáis al *pie del dueño estiércol para la heredad*, los residuos inasimilables de la digestión, sino todo lo que es *abono para los campos*.

El estiércol es más que esto: es el principal de vuestros santos y el primero de vuestros mártires. ¿Quién más vilipendiado que él? Y, sin embargo, después de declarar su inmensa utilidad para los campos, el pueblo ha dicho: *Cuando no dan los campos, no lo han los santos*; con lo que prueba que él es el abastecedor de todos, y, por tanto, el más importante. Pero aún hay más: ningún santo muestra de modo más elocuente que el estiércol la participación que tiene en las propiedades que el pueblo atribuye á la Divinidad. *De Dios viene el bien y de las abejas la miel*.

Pues bien, ¿qué santo de ninguna religión del mundo ha hecho más beneficios á la humanidad que Santo estiércol? ¿Qué santo ha sido más ridiculizado por esos *verdaderos burgueses* que os vienen hablando todos los días de lo despreciable de la materia? ¿En dónde se prueba mejor el poder que atribuí á Dios de hacer bien que en el bien que á todos nos produce lo reputado por más inútil y despreciable?

La felicidad de los pueblos estriba muchas veces en una cosa al parecer tan baladí como redimir á una sola palabra del desprecio de los necios ó de los hipócritas. Enteráos, antes de emitir vuestro fallo sobre la anómala pretensión de este artículo, si en los Estados Unidos, en Suiza, en Bélgica, en Inglaterra, pueblos todos más cultos que nosotros, hay una sola persona seria y de mediana educación científica que se atreva á burlarse del estiércol. Antes al contrario, rindiéndole el culto de las obras, que es el más eficaz, os lo venden transformado en alcoholes y olorosas esencias, haciéndoos pagar vuestra candoridad y el culto que

rendís á una santa verdaderamente despreciable, á la *santa Ignorancia*, que está enriqueciendo á tantos como dicen profesar la religión del que predicó la pobreza. Canonizad el estiércol si habéis de seguir teniendo santos: si no lo hacéis, pueblo soberano, procura que sea respetado como merece, ¡ues tú mismo me has enseñado que *el estiércol no es santo, mas donde cae hace milagros*; y jamás á ninguno de tu seno se le ha ocurrido dudar de su eficacia, como dudaba, por ejemplo, de la de un San Sebastián de su pueblo aquel bribonazo de hortelano que cantaba:

En mi huerto te criaste;
naranjas nunca te vi:
los milagros que tú hagas
que me los claven aquí.

A. MACHADO ALVAREZ

Dos clases de ladrones

Un miserable se ha enriquecido robando al público, vendiendo sus mercancías faltas de peso, y la ley le nombra jurado.

En lo más rudo del invierno, un pobre roba un pan para mantener á su familia.

Pasad la vista por esa sala en la que hormiguea el público; en ella el rico va á juzgar al pobre...

Fijáos bien. Ese juez, ese mercader, incomodado porque le hacen perder una hora, mira distraídamente al hombre, que está llorando; lo envía á presidio, y él se marcha á su casa de campo.

El público, el bueno y el malo, sale de allí diciendo: ¡Es justa la sentencia!...

...Sólo queda en el tribunal que ocuparon los jueces un Cristo pensativo y pálido que levanta los brazos al cielo desde el fondo de la sala.

VICTOR HUGO

SIEMPRE TRABAJANDO...

Los *pobrecitos* frailes de la Orden del llagado S. Francisco, moradores de un vetusto caserón en las afueras de esta ciudad, concibieron una gran idea, una de las muchas que ponen en práctica para su engordamiento. Pero ésta, en verdad, tiene una finalidad digna por todos conceptos de ser tomada en cuenta.

Trátase de pedir la paz de Europa, esa paz que tanto ansiamos todos. Los *castos* franciscanos, después de pensar y mas pensar cómo acabar con esa matanza cruel que presenciamos, dieron con la *solución* del difícil problema, y rápidamente la han llevado á la práctica.

Han organizado una peregrinación á la que han concurrido un buen número de beatos y beatas y cada cual con el distintivo de peregrino por el cual han cobrado los mentados frailecitos 0'25 pesetas; además han establecido tres clases de comidas; cubierto de 1.^a clase, 4'25 pesetas; cubierto de 2.^a, 3'50 id. y cubierto de 3.^a, 2'75 id. No se han olvidado tampoco de las misas, comuniones é indulgencias; bendiciones por los obispos de Murcia y Orihuela; de todo esto ha habido en gran cantidad.

Resulta, pues, que estos frailes han hecho una buena jugada en su provecho sin temor á caer en el más grande de los ridículos y presentar á Cristo y á su Madre en escena con un papel desairado, porque lo que es la guerra aun tardará en terminar, según declaraciones de los beligerantes, que son los únicos que pueden hacer esa paz que sirve para hacer tanto negocio.

Luego dirá el Sr. Nakens y los que le siguen que los frailes son unos vagos; se equivocan; estos *pobrecitos* trabajan continuamente por recoger el pasto del año.

CÁNDIDO CASES

Orihuela, Octubre 1916.

Nota: Muchos peregrinos han regresado a sus casas muy disgustados porque no han comido todo lo que sus estómagos pedían. Si hubieran pasado el día á pan y agua como Cristo pasó los cuarenta, quizá hubieran conseguido... desmayarse.

El fanatismo y la ciencia

—Cree en Dios.

—No me da la gana.

—Incrédulo, detén tu lengua.

—Ignorante, sella tus labios.

—Dios te puede castigar.

—No concibo un Dios que castigue.

—Castiga á los malos.

—Menos aún.

—Explicate.

—El argumento es de los que no tienen vuelta de hoja. Si no se mueve ésta sin la voluntad de vuestro Dios, culpado al mismo de que no pensemos como vosotros; culpado de que mientras vuestros ministros con disfraces y ceremonias simbólicas llenan sus arcas de oro, existan millones de productores que no pueden llevar un pedazo de pan á su boca; culpado también de las fratricidas guerras que á cada paso riegan la tierra con sangre humana; culpado de las pestes, de los huracanes, de los crímenes, de los suicidios; culpado además de que haya creado un cielo para los ladrones de la tierra y un infierno para los miserables que no tienen más patrimonio que su fuerza de trabajo, cielo é infierno de que se burlan los pillos y cebo que distrae de sus verdaderos intereses al proletariado, el que ya mora en los antros infernales de la explotación; culpado, sí; pues si es Todo-poderoso, como afirmáis, sobre él recae la responsabilidad del mal.

—¡Sacrilegio!

—¡Qué sacrilegio! Si existiese un ser bueno, todo bondad, capaz de removerlo todo, vosotros los fanáticos, cualquiera que sea la religión que profeséis, seríais los primeros que achicharrarían los fuegos de un averno, porque sois los primeros que ne-

gáis la existencia de Dios suponiéndole autor de todos los males y capaz de asistir con verdadero regocijo al espectáculo de todo género de sufrimientos. Nosotros los malos, los que nos abrazamos á la Ciencia como fuente de toda verdad, no concebiremos jamás un padre que tolerase el extravío de sus hijos para luego darse el gustazo de castigarlos, y nada menos que á con llamas que los siglos no habrán de consumir.

—¿De modo que no crees tampoco en otra vida?

—Es más; como creo que si hubiese un cielo había de ser igualmente para todos, sentiría equivocarme, por no verme al lado de los hipócritas que allí estuvieran después de combatir al Verdad y torturar los cuerpos de tantos sabios como la han anunciado.

—Es decir, que por negar, lo negáis todo.

—No; lo que no hacemos es afirmar lo imposible.

Rechazamos todo lo que no se presta al estudio, al análisis; todo aquello que está fuera de nuestra percepción, de nuestros sentidos. Cuando nosotros decimos que hay un París y hay un Londres, es porque de ello podemos dar pruebas; vosotros afirmáis un cielo y un infierno del cual NADIE puede dar razón. Creéis en un Dios que NADIE ha visto y en unos milagros que NADIE ha presenciado.

La Verdad se ve siempre, se palpa á todas horas, se analiza á cada paso; es la luz que empieza á iluminar todas las inteligencias, después de una noche de siglos en cuyas tinieblas vive el error que ella va disipando. Cuando el progreso vengza á la bestia capitalista, agarrados á la cual viven los parásitos de todas las religiones, el sol de la Verdad inundará la tierra toda y serán ya imposibles las mentiras dominantes.

—¿Qué será entonces de nuestra alma, una vez que dejemos esta vida?

—El alma no la tomamos de ninguna parte; no es una cosa que se puede separar del cuerpo; nace como éste y muere como éste. ¡Siempre las verdades más sencillas son las últimas que llega á conocer el pueblo! ¿Se nos ha manifestado alguna vez el alma separada de nuestro organismo? ¿Qué se entiende por alma, qué forma tiene, qué elementos la componen? ¿Es alguna cosa que se ve, que se oye, que se huele, que se gusta ó que se toca? El alma, que es la inteligencia, que es la razón, se inicia con nosotros apenas nacemos, se desarrolla con nosotros y muere con nosotros.

—¡Eres el propio Lucifer!

—No; soy la Verdad, soy la Ciencia. —FILÓFONO

No he comprendido nunca que haya quien ingrese en la Compañía de Jesús.

Y no por la mala fama, bien adqui-

rída, que tiene, sino por la renuncia completa de la individualidad que hace el que entra en ella.

Comprendo que un hombre de entendimiento no lo utilice por pereza.

Que á otro no le preocupe la pérdida de la memoria.

¿Pero renunciar completamente á la voluntad, sin la cual el hombre sólo es una máquina imperfecta? Esto no lo comprendo.

Y por esto, cuando me olvido momentáneamente de los males que causa la Compañía, exclamo para mis adentros al ver nn jesuita: «¡Qué sér más desdichado! Cree que vive y está muerto.»

MITIN IMPORTANTE

Recibo á última hora un recorte de *El Progreso* de Barcelona correspondiente al jueves 26 del pasado, en el que se da cuenta de un mitin de afirmación republicana organizado por la Juventud de Pueblo Seco, en el que dijeron varios oradores:

El Sr. Babra, que es preciso que los republicanos se preparen para la revolución.

El Sr. Clapera estudió las causas del decaimiento republicano y recomendó fe en la República.

El Sr. Arbós manifestó que no es partidario de la guerra y recomendó al pueblo energía para conseguir el triunfo de las ideas republicanas.

El Sr. Montaner dijo que es necesario intensificar la afirmación republicana en todo momento.

El Sr. Iglesias dijo que el pueblo tiene conciencia de la impotencia del partido republicano. Manifestó que están en crisis los principios y las ideas. La guerra es una revolución. Lo que no debía haber, añadió, es la crisis de conducta que lleva el desengaño á las masas.

Nuestra patria es víctima de logreiros y de desaprensivos. No hay más salvación que la afirmación de fe republicana y esta fe la infunden los apóstoles cuando actúan convencidos, no cuando se retraen.

Es un taparrabos el hablar de la guerra. El decaimiento del partido republicano no procede del 4 de Agosto de 1914; somos un cadáver ambulante desde 1910. De 1901 á 1910 hemos sido falange, hemos ido creciendo. En 1910 ha empezado el desengaño. Hemos de analizar las causas, y conocidas estirparlas, matarlas.

Esas causas son las que hemos de combatir. En cualquier época de la vida nacional sería necesario estirparlas, pero hoy más.

Debemos acuñar en la conciencia del pueblo ideas.

La responsabilidad es para los elementos de la izquierda.

Se necesita una dictadura popular

que por el hierro y por el fuego funde una nueva España.

No estamos en el mundo como pueblo, por cobardía.

La patria para los que debía ser cosa excelsa, es mercancía.

Hay que acabar con los logreiros. El alma popular es alma republicana.

La fe de otros días ha muerto. Es preciso sacudir el polvo y volver á unirnos para ser la salvación de la patria.

Lo que debéis hacer, dijo, es exigir á los directores que os conduzcan por el sendero que nos ha de sacar de la corrupción.

Y acabó diciendo:

¡Volved á recobrar energías! El gran pecado de nuestra época es la mentira, la falacia; imponed vosotros la sinceridad de la juventud.

El Sr. Puig de Asprer puso término al mitin, diciendo: Todos los oradores están conformes en la necesidad de la afirmación republicana.

Volvamos á las campañas que nos conducían al triunfo.

Es consolador que cuando los reformistas acarician á la monarquía, el partido Radical afirma su republicanismo.

El pueblo no es que se haya ido á la monarquía, es que tiene desengaños de los hombres del republicanismo, que no han cumplido su obligación.

Quienes han faltado son los de arriba: no el pueblo.»

Esto dijeron los oradores.

No tengo tiempo para comentar algunas de esas afirmaciones: en el próximo número lo haré.

En este sólo hago constar:

Que no se ha dicho en ese mitin nada que yo no haya venido sosteniendo hace años, y que me complace mucho que sean radicales quienes hagan ahora esas afirmaciones.

Creo que es tarde ya para resucitar el Lázaro del republicanismo, asesinado por los mismos de quienes se espera ahora que hagan el milagro.

Pero de esto, y de otras cosas hablaré, como he dicho, en el número próximo.

Lo único que me corría prisa era dejar sentado en este, que son radicales los que hablan de ese modo.

—¡Desgraciada! ¿Cómo es eso, siendo tan joven?... ¿No tenía quien te aconsejara?

—Sí, me aconsejaba el párroco...

—¿Y no has sabido recoger el fruto de esos consejos?

—Sí, señor; el fruto es este niño.

En la apertura de una escuela clerical preguntó el párroco á un niño:

—¿Quiénes crucificaron á Cristo?

—Los republicanos de aquel tiempo, señor cura.

Esta ba el niño muy bien ensayado.

Imprenta Sucesores de Ambrosio Pérez

Mend'z. bal, 6, Madrid.